

sale uno mal recompensado, y, en efecto, pareció que desistía de aconsejar el traspaso, acechando una ocasión para volver á hablar del asunto y decidir á la planchadora.

Llegó en esto enero, y con él un tiempo sucio, húmedo y frío. Mamá Coupeau, que había pasado todo el mes de diciembre tosiendo y ahogándose, hubo de meterse en cama después de Reyes. ¡Aquello era como una renta; cada invierno lo esperaba! Pero aquél, sus allegados decían que no volvería á salir ya de su cuarto, sino con los pies por delante, y, en efecto, tenía un maldito estertor que resonaba muy lindamente á ataud, aun cuando se conservaba gorda y gruesa, mas con un ojo ya muerto y la mitad de la cara torcida. De seguro que sus hijos no la habrían rematado; pero como duraba hacía ya largo tiempo, y era además una enojosa carga, deseaban en el fondo su muerte, como un desahogo para todos. Hasta para ella era lo más conveniente, pues había vivido ya sus años, ¿verdad? y cuando uno ha vivido ya sus años, nada tiene que echar de menos.

El médico, llamado una vez, no había vuelto á presentarse. Le daban tisana, para que no pareciese que la abandonaban completamente. A cada rato entraban en su alcoba para ver si aún estaba viva. Tanta era su sofocación, que ni siquiera podía hablar; pero con el ojo que conservaba bueno, vivo y claro, contemplaba fijamente á las personas y leíanse no pocas cosas en aquel ojo; duelos de sus buenos tiempos, tristeza por ver á los suyos tan ganosos de desembarazarse de ella, y cólera contra la viciosa Naná que, sin el menor respeto, se levantaba por la noche en camisa para ir á acchar detrás de la puerta-vidriera.

Un lunes por la tarde regresó Coupeau borracho como nunca. Desde que su madre estaba en peligro de muerte, vivía en un enternecimiento continuo. Cuando se hubo acostado, roncando á puño cerrado, anduvo todavía un rato por la tienda Gervasia. Acostumbraba pasar una parte de la noche velando á mamá Coupeau.

Por lo demás, Naná mostrábase muy valiente y dormía siempre en la alcoba de la anciana, diciendo que si la oía morir, avisaría á todos. Aquella noche, vien-

do dormida á la chica y tranquilamente adormilada á la enferma, acabó la planchadora por acceder á las instancias de Lantier que la llamaba desde su cuarto, diciéndole que fuese á descansar un rato. Dejaron encendida únicamente una vela, en el suelo, detrás del armario. Mas á eso de las tres saltó bruscamente de la cama Gervasia, tiritando, presa de mortal angustia.

Había creído sentir como si le pasara por todo el cuerpo un soplo helado. El cabo de vela se había consumido y la planchadora se ataba las enaguas en la obscuridad, aturdida, con las manos febriles, y no pudo encender una lamparilla hasta llegar al gabinete, después de tropezar contra los muebles. En medio del silencio aplomado de las tinieblas, los ronquidos del plomero dejaba escapar un ligero suspiro por entre sus labios abultados. Y Gervasia, después de bajar la lamparilla que hacía danzar grandes sombras, iluminó el rostro de mamá Coupeau y la vió blanca mate, con la cabeza caída sobre un hombro y abiertos desmesuradamente los ojos. Mamá Coupeau estaba muerta.

Suavemente, sin exhalar un grito, helada y prudente, volvió la planchadora al cuarto de Lantier, que se había vuelto á dormir, é inclinóse hacia él, murmurando:

—Oye; se acabó: ha muerto.

Aplanado por el sueño, medio despierto, empezó por refunfuñar:

—Déjame en paz, y acuéstate... Si está muerta ¿qué le vamos hacer?

Y después, incorporándose sobre un codo, añadió:

—¿Qué hora es?

—Las tres.

—¡Las tres no más! Acuéstate, te digo. Vas á pillar una enfermedad... Cuando claree, veremos.

Mas ella, sin hacerle caso, se vestía completamente. El, entonces, se arrebujó en su sábana, volviéndose de cara á la pared, renegando de la terquedad de las mujeres. ¿Por ventura había precisión de correr á avisar á las gentes que había un muerto en la casa? La cosa nada tenía de alegre á media noche, y era exasperante eso de ver turbado el sueño por negras imá-

genés. Entre tanto, después de llevarse á su cuarto sus ropas y hasta sus horquillas, sentóse la planchadora en una silla, sollozando á sus anchas, no temiendo que la sorprendiesen en compañía del sombrerero. En el fondo, quería á mamá Coupeau y sentía un gran pesar, después de haber experimentado solamente miedo y enojo al verla escoger una hora tan importuna para espichar. Y lloraba sola, muy fuerte en el silencio, sin que el plomero cesase de roncar; éste nada oía; su mujer le había llamado, dándole empujones, y acabó por dejarle tranquilo, reflexionando que sería un nuevo estorbo si despertaba. Volvió después al lado de la difunta y encontró á Naná sentada en la cama, restregándose los ojos.

La muchacha comprendió lo que ocurría y alargó el cuello para ver mejor á su abuela, con su curiosidad de rapaza viciosa, sin chistar, algo temblorosa, sorprendida y satisfecha en presencia de una muerte que esperaba desde hacía dos días, como cosa mala, oculta y prohibida á los niños. Y ante aquella faz blanca, adelgazada en su último hipo por la pasión de la vida, sus pupilas de gatita se ensanchaban y sentía aquel entorpecimiento de lomos que la clavaban detrás de las vidrieras, cuando iba á acechar allí lo que no deben ver las mocosas.

—Ea, levántate—le dijo su madre en voz baja.— No quiero que te quedes aquí.

La chica se dejó deslizar de la cama, muy á pesar suyo, volviendo la cabeza, sin apartar la vista de la difunta. Vefase Gervasia muy perpleja con la niña, no sabiendo dónde ponerla hasta que fuese de día. Decidíase ya á vestirla, cuando Lantier, en mangas de camisa y chinelas, vino á reunirse con ella; le era imposible reconciliar el sueño y estaba algo avergonzado de su conducta. Entonces todo se arregló.

—Que se acueste en mi cama—murmuró,—no le faltará sitio.

Fijó Naná sus grandes ojos en su madre y en Lantier, adoptando su semblante de boba, su semblante de día de año nuevo, cuando le daban pastillas de chocolate. Y no hubo necesidad de empujarla para que se acostase; echó á correr en camisa, rozando apenas el

suelo sus desnudos piecitos y se deslizó como una culebra en la cama que todavía estaba caliente, quedándose allí tendida, hundida y abollando apenas la manta con su delgaducho cuerpo. Cada vez que su madre entraba, la encontraba con los ojos relucientes en su mudo semblante, sin dormirse, sin moverse, muy encendida y pareciendo absorta en sus reflexiones.

Entre tanto, Lantier había ayudado á Gervasia á amortajar á mamá Coupeau, lo cual no era floja tarea pues la muerta pesaba de lo lindo. Nadie hubiera dicho que aquella anciana estuviese tan gruesa y tan blanca. Pusiéronle medias, una enagua, una chambra, un gorro; en una palabra, sus mejores ropas. Coupeau seguía roncando dos notas, una grave, bajando, y otra aguda, subiendo; habriase dicho que era música de iglesia, acompañando las ceremonias del viernes santo. Y cuando la muerta estuvo amortajada y tendida pulcramente en su cama, Lantier se sirvió un vaso de vino para reponerse, pues tenía revuelto el estómago.

Gervasia registraba la cómoda buscando un pequeño crucifijo de latón que poseía desde Plassans; mas luego recordó que la misma mamá Coupeau debía haberlo vendido. Encendieron después el hornillo y pasaron el resto de la noche medio dormidos en las sillas, acabando la botella empezada, aburridos y mohinos, como si lo ocurrido resultase de su culpa.

Sobre las siete, antes de clarear, despertó por fin Coupeau. Cuando se enteró de la desgracia, quedóse al principio con los ojos secos, tartamudeando, creyendo que se lo decían por broma. Después, dejóse caer en el suelo y fué á arrodillarse junto al lecho de la muerta, besándola y llorándola como un becerro, derramando tales lágrimas, que humedecía las sábanas al secarse las mejillas.

Gervasia había empezado á sollozar de nuevo, sumamente apenada por el dolor de su marido y reconciliada con él; sí, su marido tenía mejor fondo del que se creía. La desesperación de Coupeau se unía con un violento dolor de cabellos. Pasábase los dedos entre el pelo y tenía la boca pastosa, como solía al día siguiente á sus borracheras, encontrándose aún algo curda, á pesar de sus diez horas de dormir. Y se quejaba,

apretando los puños. ¡Rayo de Dios! ¡su pobre madre que le amaba tanto, muerta! ¡Ah! ¡y cómo le dolía el cráneo; aquello acabaría con él! ¡Una verdadera peluca de fuego en la cabeza; y el corazón, como si se lo arrancasen! ¡No; no era justa la suerte encarnizándose así con un hombre!

—Ea, valor, compadre—dijo Lantier levantándole.— Hay que saber conformarse.

Y le presentaba un vaso de vino, que Coupeau se negó á beber.

—¿Qué demonchō será esto? Parece que tengo cobre en el gaxnate... Desde que he visto á mi madre, he empezado á sentir este sabor... ¡Mamá! ¡Dios mío! ¡mamá, mamá!...

Y se echó á llorar de nuevo como un muchacho, y se bebió el vaso de vino, para apagar el fuego que abrasaba su pecho. Lantier se largó en seguida, con el pretexto de ir á avisar á la familia y pasar por la alcaldía para hacer la declaración. Necesitaba tomar el aire. Así, pues, no se dió gran prisa, y anduvo fumando unos cigarrillos y disfrutando el fresco de la mañana. Al salir de casa de la señora Lerat, entróse en una lechería de Batignolles á tomar una taza de café bien caliente. Y allí permaneció más de una hora, reflexionando.

En tanto, desde las nueve, encontróse reunida la familia en la tienda, cuyas puertas dejaron cerradas. Lorilleux no lloró; y como además tenía un trabajo urgente, volvióse casi en seguida á su habitación después de un ratito de visita, con el semblante que las circunstancias requerían.

Su mujer y la señora Lerat habían empezado abrazando á los Coupeau, y se restregaban los ojos, de los que brotaban escasas lágrimas. Y la primera, después de haber dirigido una rápida ojeada en torno de la difunta, alzó bruscamente la voz para decir que aquello no tenía sentido común, que nunca se dejaba junto á un cadáver una lámpara encendida, sino un cirio; y mandaron á Naná á que comprara un paquete de cirios de los grandes. ¡Vaya! ¡era un gusto morir en casa de la Banbán si quería uno ser tratado con la debida consideración! ¡Si sería bestia la Banbán, que

ni siquiera sabía conducirse con los muertos! ¿Acaso no había visto morir á nadie en su vida? La señora Lerat hubo de subir á casa de un vecino á pedir prestado un crucifijo, y volvió con uno demasiado grande, una cruz de madera negra donde estaba clavado un Cristo de cartón pintado, que ocupó todo el pecho de mamá Coupeau y cuyo peso parecía aplastarla. Después buscaron agua bendita, y como nadie la tenía, echó de nuevo á correr Naná hasta la iglesia á llenar una botella. En un abrir y cerrar de ojos adquirió otro aspecto el gabinete; sobre una mesilla ardía un cirio, junto á un vaso de agua bendita, en la que se humedecía una rama de olivo. Si venían visitas, encontrarían las cosas como es de ley. Y luego dispusieron las sillas en semicírculo, en la tienda, para la recepción.

Lantier no volvió hasta las once. Había ido á informarse en la oficina de pompas fúnebres.

—El ataúd es de doce francos—dijo.—Si queréis una misa, costará diez francos más. Finalmente el coche, que cuesta según los adornos...

—¡Oh! es inútil—murmuró la señora Lorilleux, alzando la cabeza con aire de sorpresa é inquietud...— Por más que hagamos, no lograremos resucitar á mamá ¿verdad?... Hay que gastar según lo que permite el bolsillo...

—Sin duda alguna, soy de la misma opinión—repuso el sombrerero.—Únicamente he tomado nota de los precios, para vuestro gobierno... Decid lo que resolváis; después de almorzar pasaré á encargarlo.

Hablaban á media voz y á la escasa claridad que penetraba en la tienda por los quicios de las puertas. La del gabinete estaba abierta de par en par, y de esta anchurosa abertura surgía el imponente silencio de la muerte. Del patio elevábanse las infantiles risotadas de una bandada de muchachas que jugaban al pálido sol de invierno. De repente oyóse á Naná que se había escapado del cuarto de los Boche, á donde la habían mandado. La rapaza dirigía el juego con su voz aguda, y la ronda golpeaba el suelo, al par que, cual revoltosa bandada de aves parleras exclamaba: «Nuestro asno, nuestro asno—tiene pupa en la pata.

—El ama le ha puesto—unas lindas babuchas—y zapatos lilá, la, la,—y zapatos lilá!»

Gervasia esperó á que se restableciese el silencio, para decir á su vez:

—Ciertamente que no somos ricos; pero queremos portarnos como es debido... Si mamá Coupeau no nos ha dejado nada, no es esa una razón para que la enterremos como á un perro... No; ha de tener su misa y además su coche...

—Y ¿quién lo pagará?—preguntó violentamente la señora Lorilleux.—No seremos nosotros, pues la semana pasada hemos perdido dinero; ni tampoco vosotros, que estáis á la cuarta pregunta... ¡Ah! ¡ya podríais comprender ahora á dónde os ha conducido vuestro empeño de querer aplastar á las gentes!

Coupeau, consultado, tartamudeó con un gesto de profunda indiferencia y durmiéndose en su silla. La señora Lerat dijo que pagaría su parte. Opinaba como Gervasia, que debían portarse como corresponde. Entonces las dos empezaron á echar cuentas en un trozo de papel; en total, la cosa subiría á unos cuarenta francos, por cuanto después de una larga discusión se habían decidido por un coche adornado por una estrecha gasa.

—Somos tres—concluyó diciendo la planchadora.—Daremos cada uno treinta francos y no creo que nos arruinemos por eso.

Mas la señora Lorilleux, furiosa, exclamó:

—¡Pues bien! ¡yo, por mi parte, me niego; sí, me niego!... Y no lo digo por los treinta francos. Cien mil daría, á tenerlos, si supiera que con ellos podía hacer resucitar á mamá... Pero detesto á los orgullosos. Tenéis una tienda y soñáis siempre en hacer el grande ante el barrio. En cuanto á nosotros, no nos mezclamos en ello; nosotros no nos exhibimos... ¡Ea! ¡ya os arreglaréis! Adornad con plumas el coche, si así os agrada.

—Nadie os pide un cuarto—acabó por decir Gervasia.—Aun cuando tuviese que venderme yo misma, no quiero tener nada que echarme en cara. Sin vuestro auxilio, he mantenido á mamá Coupeau; bien podré enterrarla sin vuestro auxilio... Ya os lo dije sin rodeos

una vez; si recojo los gastos perdidos, no he de dejar á vuestra madre en el arroyo.

Entonces la señora Lorilleux se echó á llorar y Lantier hubo de intervenir para que no se marchase. La querella iba haciéndose tan ruidosa, que la señora Lerat, soltando enérgicos ¡psit! creyó que debía llegarse despacito al gabinete y dirigió á la difunta una mirada enfadada é inquieta, como si temiese encontrarla despierta y oyendo lo que discutían allí cerca. En aquel momento, la bandada de muchachas volvía á cantar en el patio, sobresaliendo entre sus voces la penetrante de Naná:

«Nuestro asno, nuestro asno—tiene pupa en el vientre.—El amo le ha puesto—una linda faja—y zapatos lilá, la la—y zapatos lilá!»

—¡Dios mío! ¡qué cargantes son esas chiquillas con su canción!—dijo Lantier á Gervasia, la cual sumamente conmovida, estaba próxima á sollozar de impaciencia y de tristeza.—¡Hacedlas callar, y llevaos otra vez á Naná al cuarto de la portera, aunque sea á puntapiés!

Las señoras Lerat y Lorilleux se fueron á almorzar, ofreciendo volver. Los Coupeau se sentaron á la mesa y comieron una salchicha, sin apetito casi, no atreviéndose á hacer ruido con sus tenedores. Estaban muy desazonados, atontados con la infeliz mamá Coupeau que les pesaba sobre los hombros y les parecía como si llenase toda la casa. Su existencia se encontraba trastornada. Andaban de un lado á otro, sin encontrar las copas y con un cansancio, como al día siguiente de una juerga. Lantier tomó en seguida la puerta para volver á la oficina de pompas fúnebres, llevando los treinta francos de la señora Lerat y sesenta francos que Gervasia había ido á pedir prestados á Gouget, desgreñada como una loca.

Por la tarde, llegaron algunas visitas; vecinas picadas por la curiosidad, que se presentaban suspirando, con ojos llorosos; entraban en el gabinete, levantaban el paño que cubría el rostro de la muerta, se persignaban, la rociaban con la rama de olivo mojada en agua bendita y luego iban á sentarse en la tienda, donde hablaban de la pobre anciana, interminablemen-

te, sin cansarse de repetir la misma frase durante horas enteras.

La señorita Remanjoñ observó que le había quedado abierto el ojo derecho, la señora Gaudrón se empeñaba en que tenía hermosas carnes para su edad y la señora Fauconnier estaba asombrada de haberla visto tomar su café tres días antes. En verdad, todos liamos el petate cuando menos lo pensamos, y es bueno estar siempre dispuestos para el gran viaje. Al anocheecer, los Coupeau comenzaban á estar hartos de visitas. Es demasiada aflicción para una familia el haber de guardar en casa un muerto tan largo tiempo. El gobierno debería hacer una ley sobre esto.

Todavía una velada, toda una noche y toda una madrugada ¡vamos! ¡era cuento de no acabar! Cuando ya no se llora, el pesar se cambia en irritación y es fácil que las cosas concluyan mal. Mamá Coupeau, muda y tiesa en el fondo del estrecho gabinete, iba llenando más y más la habitación y pesaba sobre todo el mundo de un modo insostenible. Y la familia, á pesar suyo, volvía insensiblemente á su estado normal y perdía el respeto á la muerte.

—Comeréis un bocado con nosotros—dijo Gervasia á las señoras Lerat y Lorilleux cuando reaparecieron. —Estamos demasiado tristes: no nos separemos.

Pusieron los manteles en el mostrador. Cada cual, al ver los platos, recordaba las comilonas que allí habían tenido lugar. Lantier estaba de vuelta, Lorilleux bajó. Y un pastelero llevó una trota, porque la planchadora no tenía cabeza para guisar. Al irse á sentar á la mesa, entró Boche diciendo que el señor Marescot pedía permiso para presentarse; y presentóse al propietario, muy grave, ostentando su gran condecoración en el ojal. Saludó en silencio y se dirigió en derechura al gabinete, donde se arrodilló. Era muy piadoso; rezó con el mismo recogimiento que un cura y después trazó una cruz en el aire, rociando el cadáver con la rama de olivo. Toda la familia, que se había levantado de la mesa, permanecía en pie, sumamente impresionada. Y el señor Marescot, acabadas sus oraciones, pasó á la tienda y dijo á los Coupeau:

—He venido por los dos trimestres atrasados. ¿Estáis dispuestos á pagar?

—No, señor, no del todo—balbuceó Gervasia, muy contrariada al oír hablar de tal asunto delante de los Lorilleux.—Ya comprenderéis que con la desgracia que acaba de ocurrir...

—Sin duda, pero cada cual tiene sus penas—repuso el propietario estirando sus inmensos dedos de antiguo operario.—Lo siento; pero no puedo esperar más... Y si no se me paga pasado mañana por la mañana, me veré obligado á recurrir á una expulsión.

Gervasia cruzó las manos, con lágrimas en los ojos; muda y suplicante. Mas el propietario, con un enérgico movimiento de su gruesa y huesuda cabeza, le dió á comprender que eran inútiles sus ruegos. Por lo demás, como el respeto que se debe á los muertos prohibía toda discusión, se retiró discretamente, andando de espaldas y murmurando:

—¡Perdonad que os haya molestado; no olvidéis que pasado mañana, por la mañana!

Y como al marcharse pasase de nuevo por delante del gabinete, saludó por última vez al cuerpo de la difunta, con una devota genuflexión en el umbral de la puerta.

Empezaron comiendo rápidamente, para que no pareciese que se recreaban, pero al llegar á los postres fueron más despacio, poseídos de una necesidad de bienestar.

De vez en cuando, con la boca llena, Gervasia, ó una de las dos hermanas, se levantaba, yendo á echar una mirada al gabinete, sin soltar siquiera la servilleta; y cuando volvía á sentarse, los demás la contemplaban silenciosos algunos segundos, como preguntando si todo continuaba lo mismo en la pieza de al lado.

Después las señoras se tomaron esta molestia con menos frecuencia, quedando olvidada mamá Coupeau. Se había preparado una gran cantidad de café, muy cargado, á fin de no dormirse en toda la noche.

Los Poisson llegaron á cosa de las ocho, y se les invitó á tomar una taza. Lantier, que espiaba el rostro de Gervasia, aprovechó una ocasión que, al parecer, esperaba desde la mañana. Y á propósito de la cochera

nería de los propietarios que entraban á pedir el alquiler en la casa donde había un difunto, dijo bruscamente:

—¡Es un jesuíta ese marrano, con su aire de ayudar á misa!... ¡Yo, en lugar vuestro, le daría con su tienda en los hocicos!

Gervasia, rendida de cansancio, molida y enervada, respondió con abandono:

—Sí, por cierto; no esperaré á los alguaciles... ¡me tiene ya cargada, muy cargada!

Gozosos los Lorilleux con la idea de que la Banbán se quedaría sin tienda, aprobaron con ardor sus palabras, diciendo que no se sabía lo que costaba el sostenerla; que, si trabajando á jornal, no ganaba más que tres francos, en cambio no tenía que sufragar gastos; ni se arriesgaba á perder sumas considerables. Después, hicieron que Coupeau repitiese estos argumentos, dándole con el codo; y el plomero, que no cesaba de beber, continuaba enternecido, llorando en su plato. Lantier, viendo á la planchadora medio convencida, hizo un guiño á los Poisson, y la mocetona Virginia intervino, con mucha amabilidad, diciendo:

—Si quisieseis podríamos entendernos. Yo seguiría con el arriendo, y arreglaría vuestro atraso con el propietario... Así, quedaríais completamente tranquila.

—No, gracias —exclamó Gervasia estremeciéndose, como presa de un escalofrío.—Ya sé dónde encontrar los atrasos si quiero. Trabajaré, pues á Dios gracias, tengo dos brazos para salir del aprieto.

—Ya se hablará de eso después—apresuróse á decir el sombrerero.—Ahora es inoportuno... Más tarde... Mañana, por ejemplo.

En este momento la señora Lerat, que había entrado en el gabinete, lanzó un grito. Se había asustado, encontrando la vela apagada, completamente consumida. Inmediatamente se ocuparon todos en encender otra, meneando la cabeza y repitiendo que no era buena señal apagarse una luz al lado de un muerto.

Comenzó la velada. Coupeau, que se había tendido á la larga, no para dormir, según decía, sino para reflexionar, roncaba á los cinco minutos. Naná, cuando le mandaron que fuera á acostarse en la habitación de

los Boche, rompió á llorar, pues desde la mañana acariciaba la esperanza de tener un sitio calentito en el espacioso lecho de su buen amigo Lantier. Los Poisson se quedaron hasta las doce.

Se acabó por preparar vino á la francesa, en una ensaladera, porque el café tan cargado atacaba los nervios de las señoras.

La conversación comenzó á girar sobre las tiernas efusiones. Virginia hablaba del campo, diciendo que deseaba que la enterrasen á la entrada de un bosque, con flores silvestres sobre su tumba. La señora Lerat dijo que tenía dispuesto ya en su armario el lienzo con que habían de amortajarla y que lo perfumaba constantemente con ramitos de espliego, pues deseaba sentir buen olor cuando comiera hierbas por la raíz. Después, sin transición, contó el municipal que por la mañana había arrestado á una buena moza por robo en una salchichería, y que, al desnudarla en casa del comisario, se le habían encontrado diez salchichones colgados en la cintura, por delante y por detrás. Y diciendo la señora Lerat, con aire de asco, que no comería de tales salchichones, echáronse á reír tímidamente los circunstantes, alegrándose la velada, sin faltar á las conveniencias.

En el momento en que daban fin al vino caliente, salió del gabinete un ruido extraño, un chorrear sordo. Todos levantaron la cabeza, mirándose unos á otros.

—No es nada—dijo tranquilamente Lantier bajando la cabeza,—se está vaciando.

A esta explicación movieron la cabeza los demás, y tranquilizados dejaron los vasos encima de la mesa.

Por último, se retiraron los Poisson, y Lantier salió con ellos, diciendo que iba á casa de un amigo para dejar su cama á las señoras, á fin de que descansasen una hora cada una sucesivamente. Lorilleux subió á su habitación á acostarse solo, repitiendo que tal cosa no le había sucedido desde que se casó.

Entonces Gervasia y las dos hermanas, que se quedaron con Coupeau dormido como un tronco, colocáronse alrededor del hornillo, sobre el cual mantuvieron caliente el café. Permanecían allí apoltonadas, encor-

vadas, con las manos debajo del delantal, besando casi la lumbre con sus narices y hablando en voz muy baja.

La señora Lorilleux gemía, porque no tenía vestido negro y quería evitarse de comprar uno, pues se encontraban atrasados, muy atrasados, y preguntó á Gervasia si mamá Coupeau no había dejado una falda negra, aquella falda que le regalaron el día de su santo. Gervasia se vió obligada á ir en busca de la falda, la cual podría servir haciéndole una jareta en la cintura. Pero la señora Lorilleux pedía, además, ropa blanca usada, hablaba de la cama, del armario, de las dos sillas, y buscaba con la vista los trebejos que debían repartirse, con lo cual, estuvieron á pique de enfadarse.

Apaciguólas la señora Lerat, diciendo con razón que, puesto que los Coupeau habían sostenido aquella carga, tenían ganados de sobra los cuatro guñapos de la difunta; y las tres se adormilaron nuevamente encima del hornillo, entre gruñidos monótonos. La noche les parecía terriblemente larga. De vez en cuando, se des-perezaban, sorbian un trago de café, alargaban el cuello mirando al gabinete, donde la vela (que no debía despabilarse), ardía con una llama roja y triste, aumentada con los carbonizados pábilos de la mecha.

Al amanecer tiritaban de frío, á pesar del ardiente calor del hornillo, sofocadas por cierta angustia, fatigadas de haber hablado demasiadamente, seca la lengua y los ojos malos. La señora Lerat se echó en la cama de Lantier, no tardando en roncar como un hombre, mientras las otras dos, con la cabeza caída casi sobre las rodillas, dormían ante la lumbre. Un escalofrío las despertó, cuando clareaba el día.

La vela que alumbraba el cadáver de mamá Coupeau se había apagado por segunda vez, y como en la obscuridad volvía á oírse aquel sordo chorro, la señora Lerat, para tranquilizarse, repitió en voz alta, encendiendo otra vela:

—Se está vaciando.

El entierro debía verificarse á las diez y media, lo cual significaba que faltaba añadir una envidiable mañana á la noche y al día anterior, tan pesados, que

Gervasia, á pesar de no tener un sueldo, de buena gana habría dado cien francos al que se hubiese llevado á mamá Coupeau tres horas antes. Es verdad; por más que se ame á una persona, se vuelve demasiado cargante cuando está muerta; y cuanto más se la quiere, tanto más presto desea uno librarse de ella.

Por fortuna, una mañana de entierro está llena de distracciones.

Hay que atender á un sin fin de preparativos. Comenzaron por almorzar. Al concluir ¿quién diríais que se presentó con el ataúd y el saco de salvado? el tío Bazouge, precisamente, el enterrador del piso sexto.

El tal sujeto nunca se desembriagaba. Aquel día, á pesar de ser ya las ocho, continuaba todavía alegrillo, de resultas de una chispa de la víspera.

—Aquí va esto—dijo;—y dejó en el suelo el ataúd, que resonó como una caja recién construida. Y al echar al lado el saco de salvado, se quedó con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos, viendo á Gervasia en pie, ante él.

—Perdonad, me equivoqué—balbuceó.—Me habían dicho que era para vos.

Y volvía á cargar con el saco, cuando la planchadora le gritó:

—Dejadlo ahí; es para nosotros.

—¡Voto á!... Pues explicarse de una vez—repuso dándose palmadas en un muslo.—¡Ya comprendo!... Es para la vieja.

Gervasia se había puesto sumamente pálida al advertir que el tío Bazouge llevaba el ataúd para ella. Y el enterrador, esmerándose en ser galante, continuaba sus excusas.

—Pues, como decía; ayer llegó á mis oídos que una inquilina del patio estaba de viaje, y entonces, creí... Ya sabéis que, en nuestro oficio, estas cosas entran por un oído y salen por el otro... De todos modos, os felicito... ¿Verdad?... cuanto más tarde, mejor, á pesar de que la vida no siempre sea muy alegre...

Gervasia le escuchaba haciéndose atrás, temiendo que la agarrase con sus sucias manazas para llevársela en su ataúd.

Recordaba que, en otros tiempos, la noche de su

boda, el tío Bazouge le había dicho que conocía no pocas mujeres que le darían las gracias si subía por ellas. ¡Pues bien! la planchadora no había llegado á caso tal, y sólo al pensarlo se le enfriaba el espinazo.

Si bien su existencia era muy arrastrada, no quería abandonarla tan pronto, no; prefería reventar de hambre, aunque fuese durante años enteros, á padecer la muerte, aunque este padecimiento durase sólo un segundo.

—Está borracho—murmuró con aire de asco, mezclado de espanto.—La administración debería cuidar, por lo menos, de no mandar borrachos, ya que tan caro cuesta.

Entonces, el enterrador mostróse chocarrero é insolente.

—Ea, madrequita; si no es ahora, será otra vez. Siempre me tenéis á vuestra disposición, y con que me hagáis una seña, basta... Yo soy el consuelo de las señoras... Y no hay que hacerle ascos al tío Bazouge, pues ha tenido en sus brazos muy buenas mozas que se han dejado arreglar sin quejarse, muy contentas con proseguir su sueño en la sombra.

—¡Callaos, tío Bazouge!—exclamó severamente Lorilleux, que acudiera al ruido de las voces.—Esas bromas son inconvenientes, y si se diese parte á la administración os despedirían. Y toda vez que no respetáis los principios, ¡largo de aquí! ¡ea!

Alejóse el enterrador, oyéndosele tartamudear largo rato en la acera:

—¡Principios! ¿de qué?... ¡No hay más principios... que la honradez!

Por último dieron las diez. El coche fúnebre se había retrasado. La tienda estaba llena de gente, de amigos y vecinos, entre ellos el señor Madinier, Mes-Bottes, la señora Gaudrón, la señorita Remanjou; y, á cada minuto, por la abertura de la puerta, veíase asomar una cabeza de hombre ó de mujer, acechando la llegada de ese coche remolón.

La familia, congregada en la trastienda, repartía apretones de manos, y se notaban cortos intervalos de silencio, interrumpidos por rápidos cuchicheos, una espera impaciente y febril, con bruscos movimientos de

falda, ora porque la señora Lorilleux había olvidado el pañuelo, ora porque la señora Lerat buscaba un libro de oraciones prestado. Cada cual, al llegar, percibía, á los pies de la cama, en medio del gabinete, el ataúd abierto; y cada cual, á pesar suyo, se quedaba contemplándolo con el rabillo del ojo, pensando que sería imposible que allí dentro cupiese la gruesa mamá Coupeau. Mirábanse todos unos á otros, brillando este pensamiento en sus ojos y sin comunicárselo, cuando de improviso se notó movimiento en la calle, y el señor Madinier, con acento grave y contenido, anunció, arqueando sus brazos:

—¡Ya están ahí!

Sin embargo, aún no era el coche, sino cuatro enterradores que entraron en fila, á paso apresurado, con sus caras coloradas y sus manazas de mozos de mudanzas y con sus trajes negros, desgastados y blanqueados por el roce de los ataúdes.

Abria la marcha el tío Bazouge, muy borracho y muy formal, pues desde que entraba en faena recobraba todo su aplomo. Sin chistar, con la cabeza baja y tomando á peso á mamá Coupeau con la mirada, embalaron á la pobre anciana en menos que se estornuda. El más bajo de los cuatro, un joven que miraba bizco, había echado el salvado en el ataúd y lo extendía amasándolo, como si quisiese hacer pan. Otro, alto y flaco, con aire de bromista, tendió la sábana por encima. Y después «¡á la una! ¡á las dos! ¡allá va!» cogieron los cuatro el cuerpo y lo levantaron, dos por los pies y dos por la cabeza. No se da vuelta á una tortilla con mayor ligereza. Los circunstantes, que alargaban el cuello para ver, pudieron creer que mamá Coupeau había saltado por sí misma de la cama al ataúd.

En él había entrado como deslizándose, viniéndole tan justo el espacio, tan justo, que hasta se oyó su roce contra la madera nueva, tocando á ella por todos lados, como si dijéramos: un cuadro en su marco. Pero en resumidas cuentas, la verdad es que cogía perfectamente allí dentro, lo cual asombró á los presentes, quienes opinaron que, seguramente, el cuerpo había disminuido de volumen desde la víspera.

Entre tanto, los enterradores se habían puesto en fila y esperaban. El bizco cogió la tapa é invitó á la familia á que dirigiese el último adiós á la difunta; mientras el tío Bazouge, con los clavos entre los dientes y el martillo en la mano, se disponía á clavar la tapa. Entonces Coupeau, sus dos hermanos, Gervasia y algunos otros, se arrodillaron y besaron á mamá Coupeau, anegados en llanto, cuyas ardientes lágrimas caían y rodaban sobre aquel rostro rígido y frío como el hielo. Reinó un ruido de sollozos, prolongado. Después cayó la tapa, el tío Bazouge introdujo los clavos; con la destreza de un embalador, á dos martillazos por cabeza, y ya no se oyó llorar á nadie en medio de aquel estrépito de mueble que se recompone. Ya estaba listo. Sólo faltaba ponerse en marcha.

—¡Imposible parece que haya tanta bambolla en un acto como este!—dijo la señora Lorilleux á su marido; diviso el coche fúnebre ante la puerta.

El coche puso en conmoción á todo el barrio. La triplicallera llamaba á los dependientes del droguero, el relojero había salido á la acera y los vecinos se asomaban á las ventanas. Y todos se ocupaban de los adornos con franjas blancas de algodón. ¡Ah! ¡cuánto mejor no hubiera sido que los Coupeau pagasen sus deudas! Pero, como decían los Lorilleux, cuando se tiene orgullo, en todo se demuestra, cuadro ó no.

—¡Es una vergüenza!—repetía en aquel momento Gervasia, refiriéndose al cadenista y á su mujer.—Decir que estos roñosos ni siquiera han traído un ramo de violetas para su madre!

En efecto, los Lorilleux se habían presentado con las manos vacías. En cambio la señora Lerat había dado una corona de flores artificiales y la colocaron en el ataúd, junto con una corona de siemprevivas y un ramo comprados por los Coupeau. Los enterradores tuvieron que hacer un buen esfuerzo para levantar y cargarse el cuerpo. El cortejo se organizó lentamente. Coupeau y Lorilleux, de levita, con el sombrero en la mano, presidían el duelo; el primero enternecido por dos vasos de vino blanco que había tomado por la mañana, se apoyaba en un brazo de su cuñado, debiles las piernas y dolorida la piel del cráneo.

Seguían después los hombres; el señor Madinier, muy grave, vestido de negro; Mes-Bottes, con un gabán sobre la blusa; Boche, cuyo pantalón amarillo atraía todas las miradas; Lantier, Gaudrón, Bibi-la-Grillade, Poisson y otros varios. A continuación iban las señoras; en primer término, la señora Lorilleux, que arrastraba la falda remendada de la difunta; la señora Lerat, ocultando bajo un chal su luto improvisado, un traje de casa, guarnecido de color de lila, y detrás Virginia, la señora Gaudrón, la señora Fauconnier, la señorita Remanjou y otras más.

Cuando el coche fúnebre se puso en movimiento y empezó á bajar lentamente por la calle de la Goutte d'Or, en medio de las señales de la cruz y de las gentes que á su paso se quitaban el sombrero, los sepultureros se pusieron á la cabeza, dos delante del coche y los otros á derecha é izquierda. Gervasia se quedó atrás para cerrar la tienda y dejando á Naná al cuidado de la señora Boche, corrió á reunirse al cortejo, en tanto que la niña, contenida por la portera en el dintel de la puerta, miraba con profunda curiosidad cómo desaparecía su abuela por el fondo de la calle, en aquel hermoso carruaje.

En el preciso momento en que la planchadora, completamente sofocada, llegaba á la cola del cortejo, comparecía Gouget, el cual se unió á los hombres, pero volviéndose antes á saludarla con un movimiento de cabeza tan afectuoso, que la infeliz se sintió muy desgraciada y se echó á llorar de nuevo. Y no sólo lloraba entonces por mamá Coupeau, sino que lloraba por algo abominable que no podía decir y que la ahogaba. Durante todo el trayecto no apartó ni un momento el pañuelo de sus ojos, y la señora Lorilleux, con las mejillas secas y enrojecidas, la miraba de soslayo, como acusándola de falta de pudor.

En la iglesia la ceremonia se despachó pronto, aún que la misa fué algo pesada, porque el cura era muy viejo. Mes-Bottes y Bibi-la-Grillade habían optado por quedarse fuera para que no les cogiese la colecta. El señor Madinier estuvo todo el tiempo analizando á los curas y comunicando sus observaciones á Lantier, diciéndole que eran unos farsantes que escupían sus lá-

times si saber lo que se garlaban, y que lo mismo enterraban á una persona, como la bautizarian ó la casarian, sin que su corazón participase del menor sentimiento.

Después censuró ese tropel de ceremonias, esas luces, esas voces plañideras, ese aparato delante de las familias, añadiendo que así uno perdía dos veces á sus parientes, una en la casa y otra en la iglesia; y todos los hombres le daban la razón, especialmente cuando al terminar la misa hubo un murmullo general de oraciones y los asistentes se vieron obligados á desfilar por delante del cuerpo, rociándolo con agua bendita.

Por fortuna no estaba lejos el cementerio, el pequeño cementerio de la Chapelle, especie de jardincillo que daba á la calle Marcadet, al cual llegó el cortejo á la desbandada, golpeando el suelo con los pies y hablando cada cual de sus asuntos. La tierra endurecida resonaba y todos hubieran preferido seguir andando, á permanecer parados. El hoyo junto al cual se había depositado el ataúd, estaba tapizado de hielo, blanquizo y pedregoso como una carretera de yeso; y los asistentes colocados alrededor de los montecillos de cascote, no encontraban muy divertido el esperar con aquel frío, hartos ya de contemplar la fosa. Por fin, de uno de los pabelloncillos salió un clérigo con sobrepelliz, tiritando, y cuyo aliento humeaba á cada «de profundis» que decía.

Hecha la última señal de la cruz, se largó deprisa y corriendo, sin ganas de volver á comenzar. El sepulturero tomó la pala; pero como la tierra estaba endurecida por el hielo, sólo desprendía terrones que producían un endemoniado ruido en el fondo de la fosa, un verdadero bombardeo, una sucesión de cañonazos que al parecer debían hundir las paredes del ataúd. Por muy egoísta que uno sea, la tal música no deja de conmovérle. Volvieron á empezar los llantos. Ibanse ya, estaban ya fuera del recinto y todavía se oían aquellas detonaciones. Mes-Bottes, soplando los dedos, hizo en alta voz la siguiente observación:

—¡Rayos del cielo! ¡no! ¡la pobre mamá Coupeau no va á tener mucho calor!

—Señoras y la compañía—dijo el plomero á los pocos amigos que quedaron con la familia en la calle,—permitidnos que os ofrezcamos un bocado...

Y abrió la marcha, entrando en una taberna de la calle Marcadet, que ostentaba el lema de: «Al regreso del cementerio». Gervasia, que se había quedado en la acera, llamó á Gouget, el cual se alejaba después de haberla saludado nuevamente con un movimiento de cabeza y le preguntó por qué no aceptaba un vaso de vino, á lo que contestó el herrero que tenía prisa y que se volvía al taller. Entonces contempláronse uno á otro un momento, silenciosos.

—Perdonadme por lo de los sesenta francos—murmuró por último la planchadora.—Estaba como loca y pensé en vos...

—¡Oh! ¡no hay de qué! estáis dispensada—interrumpió el herrero.—Ya sabéis que si os ocurre algún contratiempo, me tenéis á vuestra disposición; pero no digáis nada de esto á mi madre, porque tiene sus ideas y no quiero contrariarla.

La planchadora continuaba contemplándole, y al verle tan bueno, tan triste, con su hermosa barba rubia, estuvo á pique de aceptar su antigua proposición de huir con él para vivir dichosos, juntos en cualquier rincón del mundo. Después ocurriósele otro mal pensamiento: pedirle prestado el importe de los dos trimestres atrasados de alquiler, á toda costa. Y trémula, repuso con acento cariñoso:

—Con que no estamos reñidos, ¿verdad?

El herrero movió la cabeza, respondiendo:

—No tal; nosotros no podemos reñir nunca... Sordamente que, como podéis comprender, todo ha concluido entre nosotros.

Y se alejó á grandes pasos, dejando á Gervasia aturdida, resonando aún en sus oídos sus últimas palabras con un zumbido de campana. Al entrar en la taberna, oía sordamente en su interior: «¡todo ha concluido entre nosotros!» pues bien, «¡si todo ha concluido, ya nada me queda que hacer!» Y sentándose maquinalmente á la mesa, comió un bocado de pan y queso y se bebió un vaso lleno de vino que colocaron ante ella.

La taberna ocupaba, en el piso bajo, una larga sala; baja de techo, con dos grandes mesas en las que se extendían, en fila, vasos de vino, rebanadas de pan y anchos trozos triangulares de queso de Brie colocados en sus platos. Los concurrentes comían con los dedos, sin mantel y sin cubierto. Y algo apartados, junto á la roncadora estufa, los cuatro sepultureros daban fin á su desayuno.

—¡Cómo ha de ser!—decía el señor Madinier,—¡á cada cual le llega su vez! Los viejos dejan el sitio á los jóvenes... Os va á parecer vacía vuestra habitación, cuando entréis en ella.

—¡Oh! mi hermano está decidido á dejarla—dijo vivamente la señora Lorilleux.—Es una ruina la tal tienda.

Sobre el particular venían aguijoneando al plomero desde largo tiempo. Todo el mundo le aconsejaba que traspasase la tienda. La misma señora Lerat, que actualmente se llevaba muy bien con Lantier y con Virginia, preocupada con la idea de que sentían una terna inclinación entre sí, hablaba de quiebra y de prisión, con aire de espanto; y repentinamente el plomero se enfadó, trocábase en furor su enternecimiento demasiado regado ya con bebidas.

—¡Oye!—gritó acercándose casi hasta rozar la cara de su mujer.—¡Quiero que me oigas! tu maldita cabeza hace siempre de las tuyas; pero lo que es hoy, te advierto que se va á hacer mi voluntad.

—¡Quiá!—exclamó Lantier,—¡conseguir algo de ella con buenas razones! Menester sería un martillo para meterle eso en la cabeza.

Y los dos empezaron á tomarla con ella, lo cual no impedía que las mandíbulas funcionasen, desapareciendo el queso y corriendo el vino como una fuente. Entre tanto, Gervasia flaqueaba ante sus ataques, sin contestar, con la boca siempre llena, despachándose como si estuviese muerta de hambre. Cuando se cansaron de encocorarla, levantó dulcemente la cabeza y dijo:

—¡Ea! ¡basta ya! ¡Me importa un comino la tienda! ¡no quiero más tienda, no! ¿comprendéis? ¡me importa un comino! ¡se acabó!

Entonces volvieron á pedir más queso y pan y se pusieron á hablar formalmente. Los Poisson aceptaban el traspaso, respondiendo del pago de los trimestres atrasados. Por lo demás, Boche aprobó el arreglo con aire de importancia, en nombre del propietario, y acto seguido alquiló á los Coupeau una habitación, un cuarto desocupado del piso sexto, en el mismo corredor de los Lorilleux.

Lantier, por su parte, dijo que conservaría su habitación, si esto no estorbaba á los Poisson, y el municipal se inclinó en señal de aquiescencia, declarando que no le molestaba en lo más mínimo, y que los amigos siempre están en buena armonía, á pesar de la divergencia de opiniones políticas. Y Lantier, sin mezclarse ya en el asunto del traspaso y como hombre que ha arreglado su negocio, se sirvió una enorme tajada de queso de Brie, y recostándose en su asiento, la comía con fruición, inyectada de sangre la faz, ardiendo en gozo socarrón y guiñando los ojos alternativamente á Gervasia y á Virginia.

—¡Ea! ¡tío Bazouge!—gritó Coupeau;—¡venid á echar un trago! No somos orgullosos, y además, todos somos obreros.

Los cuatro enterradores, que ya se marchaban, entraron de nuevo para brindar con el cortejo. No era por criticar; pero la prójima recién enterrada pesaba de lo lindo y bien merecían que se les diese un trago. El tío Bazouge miraba fijamente á la planchadora, sin soltar una palabra mal sonante. Y la planchadora, sintiéndose incómoda ante aquel mirar, levantóse, dejando á los hombres que acabaran de emborracharse. Coupeau, que lo estaba ya como una cuba, empezaba á lloriquear de nuevo, diciendo que era de pena.

Por la noche, cuando Gervasia se encontró en su casa, se sentó como atontada en una silla. Parecía que las piezas estaban desiertas y eran inmensas. Verdad es que era aquel un famoso desocupo. De seguro que no había dejado solamente á mamá Coupeau en el fondo de la fosa del jardincito de la calle Mercadet; sino también otras muchas cosas, como si dijéramos un pedazo de su vida, su tienda, su orgullo de ama de casa y otros afectos más. Sí, las paredes estaban des-

nudas y también lo estaba su corazón; era aquello una mudanza completa, una voltereta en una sepultura. Y, sintiéndose demasiado fatigada, pensaba en que se repondría más adelante, si era posible.

A las diez, al desnudarse, Naná lloró y pateó. Quería acostarse en la cama de mamá Coupeau. En vano trató de infundirle miedo su madre; la niña era demasiado precoz y los muertos solo le causaban una gran curiosidad; y tal fué su empeño que, para calmarla, se concluyó por permitirle que se estirase en el sitio de mamá Coupeau. A la picarona gustábanle las camas grandes, donde podía extenderse y revolcarse. Y aquella noche durmió de lo lindo, con el dulce calor y las cosquillas del colchón de pluma.

X

La nueva habitación de los Coupeau se encontraba en el piso sexto, escalera B. Después de pasar por delante del cuarto de la señorita Remanjou, se tomaba el corredor, á mano izquierda. Al llegar aquí, era preciso torcer. La primera puerta que se encontraba luego era la de los Bijard. Casi enfrente de ésta, en un agujero sin ventilación, debajo de una escalerilla que subía hasta el tejado, se acostaba el tío Brú. Dos habitaciones más allá estaba el cuarto del tío Bazouge. Finalmente, al lado de éste ocupaban los Coupeau una alcoba y un gabinete con vistas al patio. Y después seguían otras dos habitaciones antes de llegar á la de los Lorilleux, en el fondo del corredor.

Una alcoba y un gabinete y nada más, constituían el actual albergue de los Coupeau, y adviértase que la alcoba era ancha como la palma de la mano. Y allí debían hacerlo todo, comer, dormir y lo demás. La cama de Naná ocupaba completamente el gabinete y la niña tenía que desnudarse en la alcoba de los padres, quienes dejaban la puerta abierta por las noches para que no se asfixiase.

Era tan pequeño aquello, que Gervasia se vió obligada á ceder casi todos sus muebles á los Poisson, al dejar la tienda, por no saber dónde meterlos. Con el lecho, la mesa y cuatro sillas quedó llena del todo la habitación. Y como traspasado de dolor su corazón, no Yse decidiera la planchadora á desprenderse de su cómoda, había ocupado la mitad del piso con aquel endemoniado mueble, que tapaba la mitad de la ventana, una de cuyas hojas se encontraba así condenada, quitando luz y alegría á la habitación. Y cuando Gervasia quería mirar al patio, como se había vuelto muy gruesa, no tenía espacio para apoyarse de codos y se inclinaba de costado y torciendo el cuello para ver.

Al principio, la planchadora se sentaba y lloraba. Parecíale muy duro eso de no poder moverse apenas; cuando se había visto siempre tan á sus anchas. Asfixiábase casi y permanecía asomada á la ventana horas enteras, comprimida entre la pared y la cómoda y adquiriendo torticollis. Sólo así podía respirar, y sin embargo el patio no le inspiraba más que tristes pensamientos.

Enfrente veía, de cara al sol, su ensueño de otro tiempo, aquella ventana del quinto piso donde á cada primavera las enredaderas arrollaban sus delgados tallos, enrosándose en una red de cuerdas. Su alcoba estaba en el sitio donde nunca daba el sol, y los tientos de reseda se secaban allí en ocho días. ¡Ah! no; la vida no presentaba buen aspecto; no era aquella la existencia que había soñado. En vez de vivir entre flores en su vejez, se revolcaba entre cosas nada limpias. Cierta día, al asomarse, experimentó una extraña sensación creyendo verse allá abajo, en el vestíbulo, junto á la portería, mirando hacia arriba, examinando la casa por vez primera, y este retroceso de trece años le dió como una punzada en el corazón.

El patio no había cambiado; las fachadas desnudas, apenas estaban más negras y más leprosas; de las cañerías oxidadas se exhalaba una hediondez; en las cuerdas de las ventanas secábanse ropa blanca y pañales de niño barnizados de cazcarria; abajo el empedrado continuaba hundido y sucio, con el polvillo de carbón del cerrajero y las virutas del carpintero, y en